

# 1

*Londres, 1890*

«A Mortimer no le ha tocado un as».

Daniel Mackenzie tenía cuatro ochos y esperaba que eso le hiciera ganar un montón de dinero.

Miró a Mortimer —diez años mayor que él y con cara de comadreja— que intentaba hacerle creer que acababa de recibir un as de la joven que repartía las cartas desde la cabecera de la mesa y que con eso completaba una magnífica jugada. Sin embargo, él no pensaba picar el cebo.

Los demás caballeros presentes en el club de juego de St. James conocido como «The Nines» se apelotonaban alrededor de la mesa donde Mortimer y él jugaban al póquer. Todo el club estaba pendiente de la guerra de ingenio entre el bisoño Daniel Mackenzie, de veinticinco años, y Mortimer, un experimentado jugador. Era tanto el humo que flotaba en el aire, que cualquiera que se hubiera atrevido a dirigirse a la puerta hubiera caído muerto en el acto.

El juego preferido en aquel tugurio había sido siempre el whist, pero Mortimer había puesto de moda recientemente el póquer americano, que había aprendido tras pasarse un año en aquel país. Aquella era una de las habilidades de Mortimer, aligerar de miles de libras los bolsillos de los jóvenes de la aristocrática zona de Mayfair. Y ellos seguían acudiendo a él, ansiosos por aprender a jugar. Eran once los caballeros que habían comenzado la partida, y uno a uno habían sido derrotados hasta que solo quedaron ellos dos.

Daniel mantuvo las cartas boca abajo sobre el tapete para que ningún mirón pudiera transmitir su jugada a Mortimer. Tomó más fichas de su montón y las depositó delante de los naipes.

—Veo su apuesta y subo doscientas —declaró.

Mortimer pareció palidecer y adquirir un leve tono verdoso, pero aceptó el reto.

—Vuelvo a subir —indicó Daniel a su contrincante, empujando otro montón de fichas y añadiéndolas a las anteriores—. ¿Puede cubrir esta apuesta?

—Claro que puedo. —Mortimer no había comprado demasiadas fichas, sin duda no contaba con necesitarlas.

—¿Está seguro?

Vio que su adversario entrecerraba los ojos.

—¿Qué está insinuando, Mackenzie? Si quiere cuestionar mi honor en privado, no tengo ningún problema en responderle.

Él se contuvo para no poner los ojos en blanco.

—Tranquícese, hombre. —Tomó el cigarro del cenicero y le escupió el humo a la cara—. Le creo... ¿qué tiene?

—Enseñe antes sus cartas.

Él tomó los naipes y los lanzó sobre la mesa con un gesto de indiferencia. Cuatro ochos y un as.

Los hombres que les rodeaban lanzaron un gemido colectivo. La crupier le sonrió y Mortimer se quedó blanco como el papel.

—¡Por todos los demonios! No creí que lo tuviera. —Las cartas de Mortimer cayeron una a una... un diez, una jota, una reina, un siete y un tres.

Él recogió el dinero y le guiñó el ojo a la chica. Era realmente guapa.

—Puede emitir un pagaré por el resto —le dijo a Mortimer.

El hombre se humedeció los labios.

—Esto, Mackenzie...

No podía pagarle. ¿Qué clase de idiota apostaba todo el efectivo que le quedaba cuando no tenía una mano ganadora? Mortimer debería haberse rendido unas rondas antes y abandonar la partida.

Pero no, aquel tipo estaba convencido de que como era un experto en el juego, derrotaría sin complicaciones al ingenuo joven escocés que se había presentado allí aquella noche vestido con su *kilt*.

El tipo de rostro granítico que estaba apostado junto a la puerta lanzó a Mortimer una mirada sombría. Aquella mirada le hizo sospechar que el rufián había prestado el efectivo del que había dispuesto su adversario aquella noche, o trabajaba para quien lo había hecho. Y no parecía nada contento de que acabara de perderlo.

Daniel se levantó de la mesa.

—Da igual —dijo—. Quédese con el resto del dinero que me debe como muestra de lo mucho que aprecio una buena partida.

Mortimer le miró con el ceño fruncido.

—Mackenzie, yo pago mis deudas.

Él lanzó una mirada al otro extremo de la estancia y bajó la voz.  
—Y pagará muchas más si no se retira de inmediato. ¿Cuánto dinero debe?

La mirada de Mortimer se volvió helada.

—No es asunto suyo.

—No deseo que un hombre tenga problemas solo porque he tenido suerte con las cartas. ¿A cuánto dinero asciende su deuda? Se lo prestaré, ya me lo devolverá cuando pueda.

—¿Y deberle un favor a un Mackenzie? —La voz de Mortimer vibraba por el insulto.

Bueno, él lo había intentado. Guardó las ganancias en los bolsillos y fue a buscar su abrigo en el guardarropa. La mujer que lo atendía le ayudó a ponérselo y le pasó la mano sugerentemente por los hombros después de enderezar el cuello.

Él le guiñó el ojo. Dobló uno de los billetes que acaba de ganar hasta reducirlo a la mínima expresión y se lo metió en el borde del corpiño.

—Un regalito... —Tomó el sombrero que le tendía la joven con sus elegantes dedos, al tiempo que le dirigía una sonrisa todavía más provocativa—. Espero que pueda encontrar los dos peniques que costará su entierro, Mortimer. Buenas noches.

Comenzó a dirigirse a la puerta pero los amigos de Mortimer le rodearon.

—He cambiado de idea —dijo este con una ladina sonrisa—. Mis amigos me han recordado que tengo algo con lo que negociar. Algo que está valorado en unas... digamos... dos mil libras.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? ¿Un automóvil? —En su opinión, era lo único que podía valer tal cantidad de dinero en los tiempos que corrían.

—Algo mucho mejor —informó Mortimer—. Una dama.

Él contuvo un suspiro.

—No necesito una cortesana, soy capaz de encontrar mujeres yo solo.

Y sin dificultad. Era mirar a una mujer y ella se le acercaba. Sabía que parte de su encanto era su enorme riqueza y que otra parte era pertenecer a la gran familia Mackenzie y ser sobrino de un duque, pero él jamás discutía al respecto; se limitaba a disfrutar.

—No se trata de una cortesana —explicó el otro hombre—. Es una mujer especial. Ya verá...

Una actriz, quizá, que le ofrecería una insustancial función de

un monólogo de Shakespeare y que esperaba que él sonriera y pagara su valor en plata.

—Guárdese su dinero —dijo—. Prefiero que me ofrezca a cambio un caballo o su mejor criado... No soy maniático.

Los amigos de Mortimer no se movieron.

—Insisto —se limitó a decir su contrincante.

Once contra uno. Si se ponía a discutir con ellos, solo conseguiría acabar con los nudillos morados. Y no tenía ganas de hacerse daño en las manos; tenía que afinar el motor que estaba montando y necesitaba poder sostener la llave inglesa.

—Me parece justo —convino—. Pero prefiero evaluar los bienes antes de aceptarlos como pago de la deuda.

Mortimer estuvo de acuerdo. Le propinó una ruidosa palmada en el hombro y le condujo al exterior. Él se detuvo para quitárselo de encima.

Los amigos de Mortimer les rodearon como si fueran un pelotón defensivo hasta que llegaron al landó que esperaba a su deudor. Se fijó en que cuando salieron de The Nines, el gorila que permanecía junto a la puerta les siguió.

Mortimer le condujo por la ciudad bañada en niebla hasta un respetable vecindario al norte de Oxford Street y detuvo el vehículo en una calle tranquila, cerca de Portman Square.

Eran ya las dos de la madrugada; la calle estaba silenciosa y las casas a oscuras. Los caballeros respetables que dormían tras esas ventanas se despertarían apenas unas horas más tarde y recorrerían la ciudad para acudir a sus trabajos.

Daniel se bajó del landó y observó las ventanas sin luz.

—Seguramente esa mujer estará dormida. Dejémoslo para mañana.

—Tonterías —aseveró Mortimer—. Ella está disponible siempre que acudo.

Le vio acercarse a la puerta principal pintada de negro y golpearla con el bastón. Apareció una luz encima de ellos y se movió una cortina. Mortimer contempló la ventana al tiempo que realizaba un gesto de impaciencia antes de volver a golpear la puerta.

La cortina cayó y la luz se desvaneció. El *toc, toc, toc* que provocaba el bastón de Mortimer de fondo, hizo que se cruzara de brazos para no arrancarle la vara de las manos y romperla contra su rodilla.

—¿Quién vive aquí?

—Yo —informó Mortimer—. Quiero decir que la casa es mía. Al menos de mi familia. Se la hemos cedido a *madame* Bastien y su hija. A cambio de no cobrar alquiler, ellas accedieron a entretenernos a mí y a mis amigos en el momento que lo solicitáramos.

—¿En mitad de la noche?

—Sobre todo en mitad de la noche.

Mortimer le lanzó una ladina sonrisa de satisfacción. Las damas que vivían allí tenían que ser cortesanas. Su deudor debía haberles rebajado el alquiler a cambio de un pago en especie.

Él se volvió hacia el landó.

—Esto no vale dos mil libras, Mortimer.

—Paciencia. Ya verá como sí que las vale.

El resto de los amigos de Mortimer habían llegado tras ellos y volvían a cerrarle el paso, en esta ocasión de regreso al landó. El matón también estaba allí, revoloteando entre las sombras de una calle cercana.

La puerta se abrió en ese momento. Una criada que, evidentemente, se acababa de vestir a toda prisa la mantuvo abierta para que los caballeros entraran. Los muchachos parecían ansiosos por saber qué tipo de entretenimiento podía ofrecerles la chica, pero él se plantó junto a ella hasta que pasaron de largo.

Mortimer se dirigió al final del pasillo y empujó las puertas dobles. Él percibió movimientos en una habitación adyacente, pero cuando pasó por delante, ya se habían detenido.

Entraron en un comedor. Las paredes estaban decoradas con papel de rayas en tonos azules, dorados y anaranjados, y los colores brillaban con la luz que emitía el fuego de la chimenea. Una lámpara de araña colgaba del techo y un solitario candelabro con tres velas reposaba sobre la mesa, alargada y vacía. Una joven estaba encendiéndolas con un fósforo.

Cuando prendió la tercera, apagó la cerilla de un soplido y se enderezó.

—Lamento haberles hecho esperar, caballeros —se disculpó con débil acento—. Mucho me temo que a mi madre le resulta imposible levantarse. Tendrán que conformarse conmigo.

Supo que Mortimer y los demás caballeros le respondieron, pero él no escuchó nada. No podía oír. No podía ver nada, salvo a la mujer que permanecía de pie tras el candelabro, con el largo fósforo todavía en la mano y una sonrisa de ángel en la cara.

No era hermosa. Él había visto rostros mucho más perfectos

en el casino de Montecarlo, o en el Moulin Rouge de París. Había conocido cuerpos más delgados en bailarinas o en las crupieres que trabajaban en los garitos de juego desde St. James a Mónaco, tentando a los caballeros a jugar. Aquella joven poseía unos rasgos angulosos suavizados por un espeso pelo oscuro recogido en un moño del que escapaban algunos mechones que le envolvían la cara. Tenía la nariz demasiado larga, la boca demasiado ancha y los hombros y brazos regordetes.

Sus ojos azul oscuro eran su característica más destacable. En proporción perfecta con su cara, destellaban bajo la luz de las velas. Eran unas pupilas que un hombre podía mirar durante toda la noche, y aún al despertar por la mañana. Unos iris que querría ver al otro lado de la mesa mientras desayunaba... y mientras cenaba, que planeaba seguir mirándolos durante la siguiente velada.

No era una cortesana. Las cortesanas embaucaban a los hombres en el momento en que estos entraban en una estancia. Les hacían gestos con dedos sugerentes haciéndoles saber que sus manos serían igual de provocativas cuando deambularan por su cuerpo. Las cortesanas provocaban, sugerían sin palabras, utilizaban cada movimiento y expresión para cautivar.

Aquella mujer no hacía nada. Su lenguaje corporal no invitaba a los caballeros a pesar de sus palabras y su sonrisa. Si sus movimientos resultaban evocadores cuando lanzó el fósforo al fuego, era por su propia naturaleza y no porque tuviera intención de que lo fueran.

Se había puesto un sencillo vestido de raso azul que dejaba sus hombros al descubierto, pero no se trataba de una prenda poco respetable que no se pudiera lucir en una cena o una noche en el teatro. Su pelo estaba recogido con sencillez, sin perlas ni joyas que lo adornaran. El estilo simple daba a entender que los oscuros mechones podrían caer en cualquier momento si un caballero afortunado le arrancara las horquillas.

La joven tendió las manos a los hombres, ahora silenciosos.

—Si se sientan, caballeros, podemos comenzar.

Él no podía moverse. Sus pies, lo mismo que sus palabras, escapaban a su voluntad. Querían que él se quedara allí mismo durante toda la noche y mirara a aquella mujer.

Mortimer se inclinó hacia él.

—¿Qué le había dicho? ¿Verdad que merece la pena? —Escuchó que su deudor se aclaraba la voz—. Daniel Mackenzie, per-

mítame presentarle a *mademoiselle* Bastien. Su nombre de pila es Violette, dicho a la manera francesa. *Mademoiselle*, mi amigo es Daniel Mackenzie, hijo de lord Cameron Mackenzie y sobrino del duque de Kilmorgan. Le dará un espectáculo inolvidable, ¿verdad? Sea buena chica.

Cuando Violet vio que el hombre llamado Daniel Mackenzie rodeaba la mesa y se acercaba a ella con atrevimiento, contuvo la respiración. El señor Mackenzie no hizo más que mirarla y tenderle la mano. Y aún así, cada célula de su cuerpo hormigueó ante su cercanía y al tomar aire notó como si se ahogara.

«Es escocés», pensó con rapidez al percibir el chaleco color marfil y el *kilt* a cuadros azul y verde bajo el abrigo. «Es rico», constató al percibir los costosos materiales de las prendas, y cómo se ceñían a su figura de anchos hombros. Aquella ropa estaba hecha a medida y no por un sastre de tres al cuarto; había sido un maestro el que diseñó y cosió esas telas. Sin duda, el señor Mackenzie estaba acostumbrado a lo mejor.

Sobrepasaba al resto de caballeros al menos por treinta centímetros y tenía una expresión dura. Su nariz sería grande en otro rostro y sus ojos le detenían el corazón. No era capaz de definir su color... ¿avellana, quizá? ¿Dorados? Fuera el que fuera era increíble. Hacían que permaneciera con los suyos clavados en él, sin tomar siquiera la mano que le tendía.

—Daniel Mackenzie a sus órdenes, *mademoiselle*.

Él le brindó una hechizante y deslumbrante sonrisa mientras la inmovilizaba con su mirada, manteniéndola donde quería.

«Mmm... sí, definitivamente peligroso».

El viejo terror la embargó, pero ella lo contuvo. No podía permitirse el lujo de ceder ahora a él. Había bajado para aplacar a Mortimer, dejando a su madre —que casi había tenido un ataque de histeria cuando su casero comenzó a golpear la puerta— sana y salva en el piso superior. Ella podía manejar sin problema a una multitud de hombres enfadados y de mujeres pidiendo su cabeza a gritos, así que sin duda podría hacerse cargo de una docena de caballeretes de Mayfair medio borrachos.

El señor Mackenzie no sería más que otro de los insustanciales amigotes de Mortimer. Sin embargo, vio una barrera tras sus ojos cuando se atrevió a volver a mirarlos. Aquel hombre compartía

sus secretos con muy poca gente. Era difícil de leer en él, lo que podía ser un gran problema.

Él estaba esperando, con la mano tendida. Por fin, la estrechó con la suya en un movimiento lento y deliberado.

—¿Cómo está usted? —saludó con formalidad en un inglés impecable. Había descubierto hacía mucho tiempo que aquel acento perfecto reforzaba la ficción de que era francesa.

Daniel cerró sus dedos en torno a los suyos y alzó su mano hasta los labios.

—Encantado...

El rápido y cálido roce de su boca en el dorso de sus dedos encendió una chispa en su interior que podía rivalizar con el fósforo que acababa de tirar descuidadamente en la chimenea. Tenía los nervios tensos como alambres y apenas podía contener la respiración entrecortada.

El leve jadeo sonaba brusco a sus oídos, pero los compinches de Mortimer hacían ruido suficiente para disimularlo, mientras se quitaban los abrigos y debatían dónde sentarse cada cual.

La mirada que Daniel le dirigía por encima de la mano era desafiante y atrevida. «Muéstrame quién eres», decía.

Se suponía que eso lo debía estar pensando ella. A pesar de que todo el mundo consideraba que Violette Bastien poseía un verdadero talento como médium y espiritista, ella sabía que su don real era que sabía leer a las personas.

Tras estudiar a un hombre durante unos momentos, comprendía qué era lo que este amaba y odiaba; lo que deseaba con todo su corazón y lo que haría para obtenerlo. Había aprendido aquello de Jacobi en los barrios bajos de París, y había sido su mejor alumna.

Pero no era capaz de leer al señor Mackenzie. Él no dejaba caer sus barreras, no permitía que nadie las traspasara con facilidad. Sin embargo, cuando lo hacía...

Cuando lo hacía, el mundo se abría.

Arrancó su mano de la de él y miró a los demás.

—Por favor, caballeros —invitó, esforzándose en mantener la voz calmada.

Se movió para sentarse y notó la mano de Daniel Mackenzie en el respaldo de la silla. Se acomodó en el asiento, sin mirarle, mientras intentaba ignorar el calor que emitía su cuerpo a través del abrigo abierto al rozarle el hombro. Jadeó de nuevo cuando

Daniel movió su silla sin esfuerzo. Tal despliegue de fuerza la enervaba.

Agitada, apoyó las manos extendidas sobre la mesa, usando la frialdad de la superficie para tranquilizarse. Necesitaba mostrar una apariencia totalmente serena, dulce como el azúcar y servicial.

Por dentro, no obstante, estaba en plena efervescencia.

«Odio esto, odio esto... ¿Por qué demonios no nos dejan en paz?».

Lanzó a los demás una mirada embaucadora.

—¿Pueden darme, caballeros, un momento para prepararme?

Los hombres se mostraron de acuerdo sin discusión. Muchos de ellos habían visitado antes la casa, habitualmente como invitados de Mortimer, pero en algunas ocasiones habían regresado para realizar consultas privadas con ella y su madre.

El señor Mackenzie se sentó a su lado y la miró.

—¿Prepararse para qué?

Fue el señor Ellingham, uno de los amigos de Mortimer, quien respondió.

—Para ponerse en contacto con el *Otro Lado*.

Daniel no apartó la mirada de ella.

—¿Con el Otro Lado de qué? ¿De la estancia?

—Con el éter —explicó Ellingham con impaciencia—. Ella es espiritista, hombre. ¿No lo sabía? *Madame* y *mademoiselle* Bastien son las médiums más famosas de Londres.

## 2

Violet vio el destello de decepción en los ojos de Daniel y se sintió herida. Ofendida. Sin embargo no sabía por qué debería importarle lo que pensara aquel hombre que no había visto en su vida.

Eran muchas las personas que no creían en el espiritismo y que se burlaban de lo que su madre y ella hacían. No creían que una médium entrenada pudiera ponerse en contacto con los que habían traspasado ya el velo de la vida para que los difuntos más queridos enviaran mensajes reconfortantes a sus vivos.

«No seas cínica —dijo lentamente su vocecita interior—, tú tampoco crees en ello».

Ella sabía a ciencia cierta que jamás había sentido el frío contacto del otro mundo ni el tembloroso éxtasis que su madre hallaba en sus arrebatos. Jamás había visto a un fantasma ni a un espíritu, nunca habían conversado con ella, no habían establecido comunicación ni ninguna de esas otras cosas inútiles que se suponía que podían hacer los espíritus.

Pero era muy buena fingiendo lo contrario.

Que el señor Mackenzie no la creyera, no debería molestarle. Jacobi le había dicho más de una vez que jamás se le ocurriera discutir con alguien que no creyera, que debía ignorar a esa persona y pasar a la siguiente.

Así pues, debía olvidarse del señor Mackenzie y concentrarse en los demás caballeros, conseguir que él quedara en evidencia de alguna forma y hacerle dudar de su incredulidad.

Pero, ¿por qué no era capaz de esbozar la consabida sonrisita de superioridad? ¿De mostrar un divertido desdén? ¿Por qué quería seguir mirándole para explicarle que hacía eso para sobrevivir y que no la juzgara por ello?

Vio que Daniel se apoyaba en un codo, tensando la costosa tela de su abrigo.

—Así que con el *Otro Lado*, ¿eh? Me encantaría verlo.

—Está a punto de presenciar una sesión —intervino Mortimer—. Ya le dije que valía más que un automóvil o un caballo.

«¿Un automóvil? ¿Un caballo?».

Ella comenzó a enfurecerse. Deseó poseer todos aquellos poderes de los que hacía gala para poder maldecir a Mortimer y convertirlo en un conejo, o al menos que fracasara estrepitosamente cuando acudiera a la cama de alguna mujer.

«¡Un caballo! ¡Santo Dios!».

Los caballeros guardaron por fin silencio y observaron cómo se preparaba. La preparación era parte de la función; cerraba los ojos y respiraba hondo varias veces para tranquilizarse, consiguiendo que sus pechos se apretaran contra el atrevido escote. Aquello distraía a los clientes de una manera asombrosa.

Sin embargo, cuando volvió a abrir los ojos, el señor Mackenzie no parecía distraído en lo más mínimo. En lugar de haber bajado la mirada a sus senos como los demás caballeros, seguía observando su cara con expresión sonriente.

«No permitas que los escépticos te pongan nerviosa —le había aconsejado Jacobi—. Dales una buena función a pesar de su incredulidad. Haz que duden de sus dudas».

Volvió a deslizar la mirada por la mesa, intentando ignorar a Daniel Mackenzie.

—Esta noche parece que todo está tranquilo, el velo hoy es muy fino. Señor Ellingham, la última vez estábamos a punto de ponernos en contacto con su padre, ¿le gustaría que volviéramos a intentarlo?

El señor Ellingham intentaba averiguar donde había ocultado diez mil libras su recién fallecido padre, pero antes de que pudiera responder, intervino Mortimer.

—Póngase en contacto con algún pariente de Mackenzie. Esta noche es el invitado de honor. Quizá su querida madre... —En los ojos de Mortimer apareció un brillo de aversión.

Ella percibió el destello lleno de cólera en los de Daniel. Fue un breve parpadeo y desapareció al instante, pero lo captó perfectamente. Lo que fuera que le hubiera ocurrido a la madre del señor Mackenzie, removía una profunda ira en su interior, y estaba acompañada de un sólido dolor.

—Quizá eso no sea lo mejor —intervino ella con rapidez.

La máscara de Mackenzie volvió a ocupar su lugar.

—Sí, dejémosla descansar en paz. ¿Por qué no me dice algo de mi padre en su lugar? —sugirió él, mirándola con inocencia.

Ella le respondió con una dulce sonrisa.

—Si desea ponerse en contacto con su padre, señor Mackenzie, le sugiero que le envíe un telegrama. Esta vivo y coleando.

Mackenzie clavó los ojos en ella durante un largo instante antes de lanzar una carcajada. Su risa era profunda y segura, propia de un hombre que sabía reírse de la vida con alegría.

—Tiene usted razón, Mortimer. Sin duda posee el don de la clarividencia.

—No es necesario ser médium para leer los periódicos —afirmó ella—. Solo tener ganas de informarse. Su padre llena muchas páginas de noticias deportivas. Ahora bien, si desea que le diga cuál de sus caballos hará mejores carreras esta temporada... puede decirle que se una a nosotros.

Él ahogó otra risa.

—Comienza a gustarme usted, *mademoiselle*.

Ella puso los ojos en blanco.

—Me alegra saberlo, señor Mackenzie. Sin embargo, si ha venido a burlarse de mí y de mi trabajo, me veré en la obligación de pedirle que se vaya. O como mínimo, que espere a sus amigos en el vestíbulo.

—¿Por qué? —En los ojos de Mackenzie brillaba la diversión—. ¿Mis mofas molestan a sus espíritus?

—Claro que no. Los seres del Otro Lado son clementes con nosotros, soy yo la que le encuentro muy poco divertido.

Vio que Mackenzie alzaba las manos en un gesto de rendición.

—Perdóneme. De ahora en adelante seré un modelo de educación. Se lo prometo.

Ella sabía que no debía creerle, pero se concentró en los demás.

—¿Comprobamos si los espíritus están cerca esta noche?

Los caballeros se mostraron de acuerdo. Disfrutaban del espectáculo.

—Entonces, como ya saben, debo pedirles que guarden silencio.

Cerró los ojos otra vez y, por suerte, los caballeros se calmaron poco a poco y las carcajadas desaparecieron.

Ella hizo que su respiración se volviera lenta y profunda. Meció la cabeza hacia delante y luego hacia atrás, moviendo la cara hacia el techo. Mantuvo los ojos cerrados mientras su aliento se aceleraba cada vez más.

Emitió unos suaves gemidos al tiempo que sacudía la cabeza de un lado a otro, asegurándose de no resultar demasiado exage-

rada. Muchos giros se veían falsos. Pocos daban mucho más miedo, la hacían parecer una persona poseída por fuerzas que no comprendía. Sabía que una joven gimiente, jadeante, cuyo pecho subía y bajaba con rapidez dejaba paralizados a los caballeros.

Una mano cálida y enorme aterrizó sobre la suya.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —dijo Daniel Mackenzie.

La preocupación en sus palabras la sorprendió y abrió los ojos. Durante un momento, contuvo la respiración, quedándose sin aliento.

Nadie le había hablado así, ni siquiera su madre o Jacobi. Daniel Mackenzie, un auténtico desconocido, estaba realmente preocupado por ella y se interesaba con un ansia protectora que jamás había sentido.

Aquello casi la hizo quebrarse. Un momento antes, se sentía orgullosa de poder manejar a los revoltosos caballeros que ocupaban la estancia; ahora sentía que la fachada se desmoronaba y estaba a punto de revelar a una joven solitaria y cansada, de casi treinta años, que cuidaba de su madre enferma, vivía de su imaginación y tenía la habilidad de ocultarse detrás de la mentira.

Encontraba fácil mantener esa barrera cuando se trataba de Mortimer y sus secuaces, pero supo que el señor Mackenzie podría derribar cualquier muro que levantara con un simple contacto.

Intentó recuperar el aliento y mantener su papel, pero durante un momento solo fue una joven asustada, enfadada con aquel hombre por dejarla expuesta.

El señor Ellingham, ¡bendito fuera!, rompió la tensión.

—¡Maldición, Mackenzie! Jamás conseguiremos establecer contacto si sigue interfiriendo. Todo el mundo lo sabe.

Daniel Mackenzie seguía mirándola.

—¿Está segura de que se encuentra bien?

Ella puso de nuevo las manos sobre la mesa, y apretó las palmas contra la superficie hasta que dejaron de temblar.

—Sí, estoy bien. Gracias.

—Mackenzie, es usted idiota —intervino Mortimer con la voz ronca por la furia—. Ahora va a tener que empezar de nuevo.

—No, de eso nada —aseguró Mackenzie sin dejar de observarla—. Nos iremos y dejaremos que *mademoiselle* vuelva a dormir.

—¡Ni hablar! —gritó Mortimer con firmeza—. No saldremos de esta casa hasta que no estemos satisfechos.

Daniel lanzó a Mortimer una mirada de repugnancia. Sabía de sobra por qué Mortimer no quería irse; aquel rufián esperaba aprovecharse de él. Quería regresar a su casa aquella noche sin problemas pendientes.

Mortimer clavó en él sus ojos oscuros llenos de miedo y ferocidad. Él no entendía que aquel idiota no hubiera aceptado su oferta de cancelar la deuda. Al principio había sentido cierta simpatía por él, pero después de ver la manera en que había tratado a *mademoiselle* Violette, cualquier traza de simpatía había desaparecido. Mortimer sería quien perdiera esa noche.

—Si Mackenzie es demasiado remilgado para observar cómo *mademoiselle* Violette es poseída —prosiguió Mortimer—, será mejor que utilicemos la tabla parlante.

Los demás caballeros se mostraron de acuerdo ansiosamente. Antes de que él pudiera expresar cualquier objeción, Ellingham se había levantado de la silla con toda la energía de sus veintidós años. El joven parecía conocer al dedillo el comedor de *mademoiselle* Bastien, porque se acercó al aparador, abrió uno de los cajones inferiores y sacó una tabla de madera, que puso sobre la mesa.

La tabla era rectangular y tenía estampado el alfabeto inglés formando dos filas; en la superior estaban escritas de la A a la R, y en la segunda de la S a la Z. Debajo se leían los números del uno al nueve con el cero al final. En la esquina superior izquierda estaba la palabra «sí» y en la derecha la sílaba «no». Sobre la parte inferior observó que habían grabado «gracias» y «adiós». Un pedazo de roble muy educado.

Daniel no había visto antes una güija, pero había oído hablar de ellas. El procedimiento consistía en que el médium y sus invitados pusieran los dedos sobre ella —en realidad sobre un óvalo de madera brillante— e hicieran una pregunta a los espíritus. La pequeña pieza se deslizaba entonces de una letra a otra hasta deletrear una respuesta, lo que suponía que tanto el espíritu como el interesado poseían un buen nivel del lenguaje escrito.

Él tenía su propia idea de cómo se movía aquel chisme; eran los propios interrogadores los que lo hacían, aunque pensaba que no eran conscientes de estar haciéndolo. Los propios pensamientos estimulaban sin querer la musculatura de los brazos y los dedos,

haciendo que el pequeño óvalo se deslizara hasta deletrear lo que querían que dijera el espíritu. Sin duda era asombroso lo que el cerebro humano podía conseguir que hiciera el cuerpo.

En cuanto Ellingham volvió a sentarse, un montón de manos ansiosas salieron disparadas hacia la tabla. *Mademoiselle* Bastien esperó hasta que él también puso el dedo, y luego colocó el suyo justo al lado.

El calor que emitía su mano atravesó el guante que cubría la de él. Le gustaron sus dedos, no eran demasiado delicados, sino fuertes y largos. Tuvo una rápida visión de aquellos dedos desabrochándole la camisa, apartándola de su cuerpo y acariciando la piel expuesta...

Cambió de posición en la silla, repentinamente excitado.

—¿Está preparado, señor Mackenzie? —preguntó *mademoiselle* Bastien. «¡Santo Dios! Esperaba no haberse sonrojado». Esto puede ser algo aterrador para un novato —prosiguió ella. Sus ojos azules emitían un brillo desafiante.

«Estoy condenadamente bien preparado para ti».

—Continúe.

*Mademoiselle* Violette volvió a inspirar de aquella manera que elevaba sus pechos.

—Muy bien. Espíritu, ¿tienes un mensaje para alguno de los presentes?

La luz de la vela tintineó sobre la brillante superficie de la tabla, iluminando las manos enguantadas de los caballeros y los dedos desnudos de *mademoiselle* Violette, que resultaban todavía más femeninos y elegantes en aquel mar de masculinidad.

La tabla no era demasiado larga, y algunos hombres, incluido Mortimer, quedaron fuera. Pero a su deudor aquello no pareció importarle. Se recostó en la silla y observó; su oscura mirada no se alejó del cuerpo de Violette mientras su expresión de rata era incapaz de ocultar pensamientos lascivos.

Bajo sus dedos, él notó que el óvalo de madera comenzaba a moverse. Ellingham lanzó un jadeo excitado.

La pieza se detuvo un instante antes de cambiar de dirección. Tras unos segundos volvió a variar la trayectoria.

«Cada mano intenta arrastrarla al lugar donde quiere su mente».

Él relajó sus dedos y esperó a ver qué hacía *mademoiselle* Violette.

—Espíritu, ¿tienes un mensaje para nosotros? —Escuchó su suave voz en la oscuridad.

Estuvo seguro de que cualquier espíritu que escuchara aquella sensual voz de contralto haría lo que ella quisiera. Él se movió en la silla, intentando acallar las recientes fantasías. Sin duda era tan lascivo como Mortimer.

La pieza de madera se estremeció antes de deslizarse con rapidez a la palabra «sí».

Un suspiro colectivo atravesó a los presentes. Era difícil creer que solo unas horas antes, aquellos hombres fueran endurecidos jugadores intentando ganar al póquer.

—¿A quién va dirigido el mensaje? —preguntó *mademoiselle* Violette.

El óvalo se movió entre las letras, buscando, hasta que por fin se detuvo en la letra M.

—¿Mortimer? —preguntó alguien.

La pieza salió disparada hacia la palabra «no». Luego retrocedió a una zona neutra como si estuviera disculpándose por su anterior brusquedad.

—¿No nos dices nada más? —preguntó *mademoiselle*.

El resto de caballeros se inclinaron hacia delante. Él no tuvo ninguna duda de que imploraban en silencio de que el mensaje incluyera su nombre. «Por favor, por favor... que sea yo».

La pieza viajó lentamente entre las letras y se detuvo en la C. Siguió hacia la K, y la E, N y Z.

—¡Mackenzie! —gritó Ellingham al tiempo que arrancó la mano del óvalo.

Por supuesto que había dicho Mackenzie, o al menos *McKenz*. Él lanzó una mirada a *mademoiselle* Violette, que estudiaba la tabla con mirada serena.

«¡Vaya arpía!». Su admiración por ella creció de nuevo. Aquella mujer era condenadamente consciente de que él sabía que era una charlatana, e iba a poner en práctica todos sus trucos.

«Que lo intente».

—¿Tienes un mensaje para el señor Mackenzie? —indagó ella con voz suave.

La güija dijo «sí».

*Mademoiselle* Violette era muy buena, pero él también lo era.

—¿De qué mensaje se trata? —preguntó en voz alta y clara.

Ellingham volvió a poner el dedo sobre el óvalo y este comenzó a moverse. Dio vueltas y vueltas sobre la tabla, se movió de un lado a otro, pasando por encima de las letras pero sin detenerse en

ninguna. Él sintió el sutil pero constante tirón de Violette, y él lo contrarrestó con la misma firmeza.

Ella siguió mostrando una expresión seria; si la indecisión del espíritu la incomodaba, no hizo ninguna señal al respecto.

La pieza de madera se detuvo al fin en la letra J.

—Alguien debería escribir lo que diga —propuso Ellingham en tono excitado.

Uno de los caballeros sacó un pequeño cuaderno y un lápiz del bolsillo del abrigo y escribió.

El óvalo volvió a moverse y se detuvo en la O, hizo una pausa durante un tiempo y luego se deslizó inocentemente a la letra D. Tras otro intervalo, se movió con rapidez a la E, la T y la E.

Ella retiró la mano con brusquedad y la pieza se detuvo en seco. La estancia se vio inundada de risas disimuladas, rebosantes de satisfacción.

—Bueno —dijo Violette, mirándole—. Parece que el espíritu quiere mostrarnos hoy su cara más traviesa.

Sus ojos centellearon bajo la llama de la vela como una noche escarchada. Se sostuvieron la mirada sin que ninguno la apartara. Las mejillas de ella mostraban un leve rubor, pero salvo eso, seguía mostrándose tan fría como el mármol.

¡Maldita fuera! Pero era hermosa y también desafiante. No se trataba de una debutante en su primera temporada esperando cazar al rico señor Mackenzie, uno de los solteros más apetecibles de Gran Bretaña. Él no entendía por qué demonios enseñaban a las mujeres a mostrarse frágiles y enfermizas. Cada vez que le presentaban a una, lo que le apetecía era sugerirle que ingiriera una saludable comida e hiciera ejercicio para sentirse mejor.

Sin embargo, aquella joven podía caminar kilómetros bajo una tormenta, sacudirse las faldas y comentar con indiferencia que hacía un poco de viento. Después, diría a alguien como él que podía irse al infierno con todo su dinero.

La vio entreabrir la boca y anheló la humedad que mostraba. Quiso enviar a Mortimer y a todos sus colegas a la fría calle y quedarse con *mademoiselle* para él solo; entonces le pediría una sesión privada sin que les observara ningún ocioso heredero de la aristocracia inglesa, ni siquiera Mortimer. Solo él y aquella hermosa joven en una estancia iluminada por velas y con un montón de tiempo a su disposición.

—¡Basta! —interrumpió Mortimer lleno de cólera—. No quiero

más juegucitos de salón. Se lo he dicho ya, *mademoiselle*, Mackenzie está aquí para ver una sesión. Así que ofrézcasela.

Se vio obligado a apartar la mirada de aquellos hermosos ojos, y solo por eso, Mortimer se las pagaría.

—Cierre el pico —le ordenó—. Esta mujer ya ha hecho suficiente por una noche, y usted sigue debiéndome dos mil libras.

Mortimer se incorporó en la silla.

—He dicho que le pagaré con una sesión, y por Dios que así será.

Él se levantó dispuesto a saltar por encima de la mesa para ir a por él, pero ella alzó las manos y su voz atravesó la inminente tempestad.

—¡Han llegado los espíritus! ¡*Aquí están!*

Un gélido viento barrió el comedor y apagó de golpe las velas. La estancia quedó a oscuras y, sobre la mesa, justo donde estaban las velas, comenzó a formarse una pálida y luminiscente masa sin forma que se esparció por el aire.

Antes de que él pudiera sentarse, alguien le agarró por los brazos y le arrastró con fuerza a través de una puerta hasta otra estancia también oscura. El panel se cerró de golpe, aislándole del viento, de Mortimer y de la encantadora *mademoiselle* Violette.